



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

MOHAMED SIBARI

Judería de Tetuán

[selección de fragmentos]

Edición impresa

Mohamed Sibari, *Judería de Tetuán* (1994)

En

Mohamed Sibari (1994). *Judería de Tetuán*. Larache: Autoedición.
(pp. 1-5, 10-12, 25-28, 38-41, 46-49, 55-57, 63-64, 73-74, 80-82)

Edición digital

Mohamed Sibari, *Judería de Tetuán* (2012)
Enrique Lomas López (ed.)

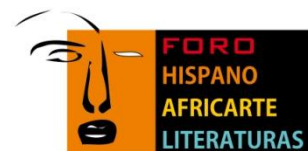
Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Julio de 2012



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D
«Literaturas africanas en español. Mediación
literaria y hospitalidad poética desde los 90»
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Judería de Tetuán **Mohamed Sibari**

Pedro Molina había terminado la carrera de alférez de intendencia.

Con la ayuda de un soldado de la guardia personal del General Franco, íntimo amigo de su padre, el muchacho fue afectado a la ciudad de Tetuán.

Luciendo su uniforme y con la cabeza erguida, fue recibido con alegría por sus padres y vecinos de la calle Luneta. El primer abrazo fue dado a Ben Búquer, su gran amigo, el campeón de boxeo, que con sus musculosos brazos casi ahoga al alférez.

Sus padres, sobre todo su madre, lloraba de alegría. Todo el barrio fue invitado esa mañana a la casa de los Molina, menos los Bentolila.

Dorita, la hija de los Bentolila, por orden de sus padres y vigilada por su hermano, no consiguió escapar de la estrecha vigilancia.

Esta hermosa judía era el gran amor del alférez.

Después de saludar y besar a sus hermanos, le preguntó a su hermana mayor:

—Milagros, ¿y Dori?

—Después hablaremos, Pedro.

—Por favor, ¿dime dónde está?

—Nos están observando nuestros padres y los invitados.

Menos los musulmanes, los católicos y los judíos eran los que sabían muy bien por qué no estaban los Bentolila.

Esa noche, Milagros llamó por teléfono a Dori.

—¿Quién es?

—¿Está Dori?

—Sí está, ¿de parte de quién le digo?

—De una amiga, por favor.

—Ahora se pone.

—¿Quién es?

—Soy Milagros. No pronuncies mi nombre.

—¡Ah!, sí.

—Pedro quiere verte.

—Sí, pero, es que verás...

—Sé que no puedes hablar, pero dime algo.

—Mañana viernes iré a la sinagoga y nos veremos allí.

—De acuerdo, te he entendido.

—¿Quién era?

—Una amiga, mamá.

Al día siguiente, viernes por la tarde, Pedro, vestido de paisano, entró y se acomodó cerca de la puerta del bar de la judería. La judería de Tetuán, siempre estaba alborotada de gente, su gracia estaba en ese vaivén de soldados, niños, comerciantes y campesinos de las cercanas cabilas vendiendo su leche y sus quesos. Se podían comprar sabrosos bocadillos, pipas de girasol, de calabaza, almendras, castañas, caramelos y un sinfín de cosas siempre a buen precio. Se escuchaban música y canciones por todas partes, como las de Machín, Antonio Molina, tangos de Carlos Gardel, rancheras de Miguel Aceves Mejía, etc., canciones árabes de los judíos marroquíes Sami el Magrebi, Sami el Hilali o Zohra el Fasia.

El alférez esperó dos largas horas, y por fin apareció Dori con su madre y su hermana.

Esta última vio a Pedro en la puerta del bar, le hizo una seña a su hermana, y ésta entendió el mensaje.

Al fijar los ojos en Pedro, su corazón comenzó a latir como el del púgil Ben Búquer cuando estaba boxeando en el ring. La sangre fluyó en la cara de la hermosa judía.

Fingió que se había torcido el tobillo, arrancó el tacón de su zapato y le dijo a su madre:

—¡Vaya por Dios!, se me ha roto el tacón.

Su madre enojada le dijo:

—¡Ay! ¡Que les venga una «Mehná» a los zapateros!, ayer «paguimos» tres reales por arreglarte el «subat*», hija mía.

—Vete con Rebeca, mamá, a la sinagoga, voy a casa a cambiarme de zapatos y más tarde volveré.

—Bien, hija, pero no tardes.

No se dirigió a su casa. Entró en el primer portón de una casa. Detrás de ella venía Pedro con paso ligero, se abrazaron y se besaron.

—Mi rey, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Dori, no he dormido en toda la noche. Ha sido la noche más larga de mi vida.

—Yo también, mi rey. No sabes lo agradecida que le estoy al señor Mohamed Serguini.

—Yo también le estoy muy agradecido, sin su ayuda no me habrían afectado a Tetuán. Quiera Dios que algún día pueda devolverle el favor.

—Bueno, mi rey, tengo que ir a casa a cambiarme de zapatos y volver a la sinagoga.

—¿Cuándo volveré a verte?

—El domingo iré con mi hermana a Río Martín.

—¿En qué balneario te espero?

—En ninguno, espérame cerca de la desembocadura del río, de esa manera nadie podrá vernos.

* Zapato.

—¿Pero por qué?

—Tú no sabes cómo están mis padres y mi hermano; hasta de muerte me han amenazado. Dándose un largo beso, se despidieron.

Mientras la pequeña Rebeca se bañaba en la orilla, Pedro le dijo a Dori:

—Bien, ¿qué pasa con tus padres?

Después de pensar durante un buen rato y con la vista perdida en el azul Mediterráneo, le dijo:

—Pedro, es mejor que no hablemos de esto, nada sacaríamos torturándonos.

—¿Se puede saber por qué nos vamos a torturar?

La bella sefardí acomodó su cabeza sobre los muslos del militar y mientras le miraba con sus ojos de gacela le dijo:

—Ya no somos los vecinos y amigos de la calle Luneta o la judería. Ya no somos aquellos estudiantes de la Academia Nuestra Señora del Pilar. Somos un hombre y una mujer.

—Bueno, ¿y qué?

—Casi nada.

—¿Cómo casi nada?

—¿Y qué tiene que ver el cristianismo y el judaísmo en todo esto?

—Para poder casarnos, tú tendrías que renegar de tu religión.

—¡Eso nunca, antes me pego un tiro!

—Ves como no lo entiendes... Deja que te lo explique.

—Bueno, sigue.

—En el caso contrario, yo me tendría que convertir al cristianismo, cosa que yo nunca haría; y si lo hiciese, no estaría más que fingiendo. Mis padres y todos los judíos de Tetuán renegarían de mí y me atormentarían durante toda mi vida. Es más, entre los tuyos y los míos, no nos dejarían vivir.

—Pero bueno, nos casamos y cada uno que siga con su religión.

—O estás loco o no quieres entender.

—Lo de loco es verdad, estoy loco por ti, me has vuelto loco.

Y la besó en el cuello, la cara y finalmente en la boca.

Raúl, el hermano mayor de Dori, junto con su padre, eran los proveedores de carne, pollo y pescado de la legión.

Este muchacho era muy trabajador y muy querido por sus padres y vecinos. Su único vicio era la halterofilia.

De cuerpo bien moldeado, le encantaba practicar el deporte de pesas. Comía como un toro y le gustaba exhibirse delante de las mozas de la judería.

Muy religioso y al mismo tiempo muy egoísta, éste salía con infinidad de chicas españolas pero no dejaba a su hermana salir con ningún cristiano.

En aquella época, en Tetuán, había muchos sastres, y por supuesto, muchas chicas que trabajaban con ellos como costureras. Antonia era una de estas simpáticas muchachas.

Cierto día apareció Raúl con un par de pantalones en una bolsa.

—Buenas tardes, Antonia.

—¡Hola Raúl!, ¿qué te trae por aquí?

—Quiero que zurzas este pantalón y me arregles el dobladillo a éste.

—¿Para cuándo los quieres?

—No tengo prisa.

—¿Te parece bien mañana por la tarde?

—De acuerdo, ¿a qué hora?

—A las siete de la tarde, pero quiero que me invites a un helado en los valencianos.

—Eso está hecho, Antonia. Si quieres vamos ahora mismo.

—Dejémoslo para mañana cuando vengas a recoger los pantalones.

Esa noche, Raúl no pudo conciliar el sueño, y se preguntaba:

—Antonia, nunca me había hecho el menor caso. Todo el mundo sabía que estaba chiflada por Pedro, ¿qué es lo que querrá?

Al día siguiente, con su pantalón azul y su camisa blanca de mangas cortas y remangadas para dejar ver sus bíceps, la pechera sin abrochar y la cadena de oro al cuello, de la que colgaba la estrella de David, junto a su negra melena impregnada de brillantina, le daban un aire muy particular.

Mientras se tomaban el helado, la muchacha le dijo:

—Estás hecho un Don Juan, Raúl.

—¿Yo?

—¿Cómo es que conoces a todas las chicas de Tetuán?

—La culpa no es mía.

—¿Y entonces de quién es?

—De mi madre.

—¿De tu madre?

—Sí, de mi madre.

—¿Y qué tiene que ver tu madre con las chicas?

—Haberme parido tan guapo.

—¡Qué presumido!

Muertos de risa se pasearon durante más de dos horas por la ciudad, se contaron chistes y evocaron recuerdos de la infancia y del colegio.

* * * * *

Al día siguiente por la noche, Pedro, acompañado por Tuhami, aparcó el coche cerca de la entrada de la medina. Se puso la chilaba y el capuchón de ésta y se adentró con el cabo por las callejuelas de la medina.

Al entrar en la casa, el alférez se quedó asombrado por la limpieza y el decorado de ésta.

—Tuhami, si esto es un pequeño palacio. Ya me dirás de dónde sacas tanto dinero, porque con tu paga no puedes mantener esta casa ni dos días, ¿dónde está el secreto?

—El secreto está, mi joven señor, en el amor.

—¿Cómo en el amor?

—Como lo oye, el secreto está en el amor de una mujer.

—¿Qué mujer?

—La mía, señor.

—¿Estás casado?

—No, señor, es ella la que está casada.

—No entiendo nada, explícate.

—Desde hace varios años, señor, ando en amores con una bella joven, tiene treinta hermosos años y está casado con el comerciante de oro más grande de Tetuán. Su nombre es Uehrani.

—¿Uehrani? ¿No será el de la tienda de oro del ensanche?

—Sí, señor, el mismo.

—¡Pero si ese hombre es joven, guapo y rico, y descendiente de una gran familia morisca, y no le falta de nada!

—Aunque le parezca extraño, mi teniente, al señor le falta algo muy importante y que a las mujeres las vuelve locas, y no pueden estar sin ese algo.

—Sí, es un poco afeminado, le dijo sonriendo Pedro.

—Es ella la que se encarga de limpiar, cocinar, lavar y planchar la ropa. También me dio dinero para comprar esta casa y es ella la que paga el teléfono, la luz y el agua.

Muerto de risa, Pedro le dijo:

—Veo que tu «algo» vale mucho.

—Sí, señor, es el único capital que poseo.

Los dos militares se morían de risa.

Una noche, estando Dori de guardia, Pedro la llamó por teléfono.

—Hola Dori.

—Hola mi rey.

—¿Cómo estás?

—Deseando verte.

—¿Y por qué no vienes a verme?
—Porque toda la judería me está vigilando. Sobre todo después de tu pelea con mi hermano.
—Dirás de la pelea de tu hermano conmigo, yo hice todo lo posible por evitarla.
—Me lo han contado todo. Raúl es muy nervioso.
Soltando un gran suspiro, la hermosa joven le dijo:
—Pedro.
—Sí, Dori.
—¿Por qué no nos vamos de Tetuán?
—¿Adónde?
—A cualquier parte del mundo.
—¡Qué más quisiera yo!, pero sabes que soy militar.
—¿Y qué tiene que ver lo de militar?
—Tiene mucho que ver. Sería un desertor y me meterían en la cárcel para el resto de mi vida.

No creas que no lo he pensado.

—¿Y entonces? ¿Entonces cuándo podemos vernos, mi rey? Porque yo no aguanto más sin verte.

—Tengo la solución para nuestras citas.

—Cuéntame Pedro, cuéntame.

Le contó todo lo acaecido con el cabo Tuhami y al final le preguntó:

—¿Qué te parece?

—¡Magnífica idea!

* * * * *

Aparcó el coche en la plaza del Fedan, se despidió de Dori y se fue directamente a su casa.

Nada más entrar en la casa de sus padres, el muchacho llamó en voz alta:

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Qué te pasa hijo mío?, le preguntó la madre asustada.

Detrás de su madre vino su hermana mayor, la cual le preguntó también:

—¿Qué tienes Pedro?

Muy serio dijo a las dos:

—Dori está embarazada y quiero casarme con ella lo más pronto posible.

La madre dio un grito y cayó al suelo, su hija fue corriendo a traerle sus sales. Le dieron y vertieron un vaso de agua sobre la cara, pero no sirvió de nada.

Pedro, asustado, salió corriendo y trajo al médico.

Después de auscultarla y tomarle la tensión, el galeno les dijo:

—No es nada grave, teniente, pero necesita mucho reposo.

La madre de Dora se dio cuenta rápidamente del embarazo de su hija y no hacía más que llorar.

—Si se enteran tu padre y tu hermano, te matan.

Doña Angelines, que así se llamaba la madre de Pedro, cogió el trole que llevaba al hospital civil, una vez allí, preguntó por el servicio de maternidad y por la comadrona Dora.

—Quiero hablar contigo a solas, le dijo a la muchacha.

La comadrona la hizo pasar a su despacho. Antes de sentarse, doña Angelines comenzó a llorar.

—¿Qué le pasa, señora?

—¿Y tú me lo preguntas, Dori?

—No la entiendo.

—Sí que me entiendes, y te pido por el amor de Dios que dejes en paz a mi Pedro. Te daré lo que me pidas.

Se arrodilló para besarle los pies mientras le seguía diciendo a sollozos:

—Ten piedad de mí, vas a matarme y vas a destrozarme la carrera de mi hijo. Él es militar y católico y no puede casarse con una judía. ¡Compréndelo! Y si es verdad que le quieres, déjalo en paz, por favor.

—No se preocupe, doña Angelines, le dejaré y me alejaré de él.

—¿Me lo prometes?

—Sí, se lo prometo.

—Prométeme también que no le dirás que he venido a verte.

—También se lo prometo.

El rabino de la sinagoga de la judería se había enterado del caso de Dora por medio de la madre de ésta.

Llamó a su padre y le dijo a éste:

—Moisés, tienes que encontrar una solución al problema de tu hija Dora.

—¿Qué más quisiera yo, Rabbi.

—No podemos dejar que se case con un cristiano, y si lo consentimos, en lugar de una sinagoga, dentro de pocos años se encontrará con una iglesia en la judería de Tetuán.

—¿Y qué me aconseja usted, Rabbi?

—Procura mandarla a la zona francesa, a Tánger o al extranjero.

La boda se celebró por todo lo alto en la Iglesia del Pilar, a la cual asistieron militares y civiles, musulmanes, judíos y cristianos.

No se conocía la xenofobia ni el racismo, y las tres religiones monoteístas vivían en perfecta armonía. Y si había algún que otro racista, lo disimulaba muy bien.

El banquete de boda fue dado en los jardines de la Hípica de Tetuán. Camareros y cocineros militares, impecablemente vestidos, se encargaron del servicio.

La mezcla, entre marroquíes con sus chilabas, sus rojos gorros o sus turbantes, sus esposas con sus túnicas de seda y sus caftanes; los judíos con sus barbas, sus pequeños gorritos sobre la nuca (kipá en judío), sus esposas vestidas a la europea cargadas de brazaletes y joyas, junto a los militares de todos los cuerpos, las esposas de éstos con sus grandes sombreros. A simple vista el vidente no podía afirmar si estaba en Marruecos, en la India, Egipto o en Pakistán.

Los novios pasaron la luna de miel en Tánger.

Esta querida provincia, estaba bajo colonialismo internacional, aunque durante los años cincuenta estaba bajo administración española.

Para pasar a ésta, se necesitaba pasaporte.

Ciudad cosmopolita, era una babel de lenguas y razas. Zona franca, tenía lujosos hoteles y restaurantes, cabarets, salas de fiesta, prostíbulos, cambistas y numerosos bancos.

Lo de los bancos llamó la atención de la costurera.

—Pedro, explícame cómo hay tantos bancos de todas las nacionalidades.

—Es muy sencillo. Tánger está bajo control y estatuto internacional, y los bancos en esta ciudad son como los de Suiza.

—¿Cómo Suiza?

—Sí, mujer, como Suiza. Nadie te pregunta por el dinero que traes, ni por su procedencia. Guardan el anonimato y puedes retirar tu dinero en cualquier parte del mundo.

Pedro, como buen tetuaní, era muy aficionado al fútbol e hincha del equipo de Tetuán.

Un domingo, en el campo municipal y jugando Tetuán contra el Sevilla, el árbitro pitó penalti contra el equipo local.

Al comandante le dio un infarto. Fue trasladado urgentemente al cercano hospital civil.

El médico de guardia lo reanimó rápidamente. Se salvó de milagro. Pasó más de diez días en el hospital.

Al darle el alta, el cardiólogo le dijo:

—Comandante, tiene usted que hacer bastante régimen y dejar de fumar y beber, porque es mucho lo que se juega. ¡Nada de fútbol ni de emociones! ¿Entendido?

—Sí, doctor, muchas gracias.

Pedro apenas había seguido los consejos del médico durante semanas. Volvió a fumar y a beber aun estando convaleciente.

Al incorporarse de nuevo al trabajo, comenzó a practicar un poco de deporte en la hípica.

Dotada de una magnífica infraestructura, la hípica de Tetuán tenía en su recinto el estado municipal de fútbol, una piscina con trampolín, varias pistas de tenis, frontón, pista de patines, recinto de salto de obstáculos y un magnífico café-bar-restaurante.

* * * * *

Como si los años no hubiesen pasado, como si el tiempo se hubiese estancado, la pareja seguía pasando sus amorosas noches en la medina.

Ya no se escondían de nadie, habían madurado y sabían muy bien lo que hacían.

Todo Tetuán se había enterado del retorno de la millonaria viuda. Todos la invitaban a sus fiestas, pero ella no tenía tiempo más que para Pedro.

Un Sabbath, por la noche, Dora le preguntó a su amante:

—¿Cómo es que no tienes hijos?

—No lo sé, me da miedo hacerme los análisis. Tengo miedo que den negativo, es decir, estéril.

—Tú no eres estéril, mi amor.

—¿Y cómo lo sabes?

Arrodillándose, le cogió de las manos, se las besó y le dijo mientras le miraba fijamente a los ojos:

—Tienes que ser fuerte y procura no emocionarte.

—Échame lo que sea, pero pronto.

—Tienes una hija de diez años.

—¡Dios mío!, dime que no estoy soñando.

—Es la realidad, mi rey, tienes una hija preciosa y os parecéis como dos gotas de agua.

—¡Quiero verla!

—Tranquilo, Pedro, mañana la verás en la playa.

* * * * *

Un mes más tarde, la independencia de Marruecos era un hecho.

Llegó el día de las pasaciones y entregas entre las autoridades coloniales y las marroquíes.

—¿Está usted preparado para la entrega, comandante?

—Verá, mi coronel, me falta algún dinero y le ruego que me dé un poco de tiempo.

—¿Cómo que le falta dinero? Queda usted suspendido de sus funciones hasta nueva orden.

El coronel puso al corriente a sus superiores.

—Suspéndale provisionalmente de sus funciones en secreto y que cubra esa enorme suma de dinero. No queremos que el honor del Cuerpo de Intendencia sea mancillado.

Pedro no salía de la casa de Tuhami, se embriagaba, dormía, se despertaba y nuevamente se embriagaba.

El sargento sabía que su amigo estaba herido y no se separaba de él.

—Su padre vino varias veces a buscarle y me encargó que le dijera que puede usted contar con todo su dinero.

—Si le ves, le das las gracias de mi parte y le dices que tengo dinero y que no se preocupe por mí.

El dinero se le fue acabando, al anochecer cogió su coche y se fue a su casa.

Antonia estaba cenando con Josefa, su madre. Pedro abrió la puerta de su casa y se dirigió al dormitorio.

Cogió un montón de dinero que tenía guardado y le dijo a su mujer:

—Necesito más dinero. Vete a Tánger y trae todo lo que tenemos en el banco.

—¿Y por qué no mandas por él a la hebrea?

—La hebrea tiene más dinero que tú y que todo Tetuán. Así que vete por el dinero y dentro de una semana vendré a recogerlo.

—En primer lugar, tengo que pedirle permiso a mi amante. ¿O es que no sabes que yo también tengo un querido? Y en segundo lugar, el dinero del banco está a mi nombre y es ¡mío! Tú no tienes ni un céntimo.

—Lo de tu querido me importa un bledo, pero lo del dinero, te lo advierto delante de tu madre, como no me lo traigas dentro de una semana, ¡te mato!

Al despertarse por las mañanas en el hotel Nacional o en el Dersa, se tomaba un café, fumaba y comenzaba a beber y recorrer bares como La Oficina, El Estrecho, California, Casino Español, etc.

Una noche, involuntariamente, se le cayó un vaso de vino sobre el pantalón en el Bar Avenida, y como estaba cerca de su casa, decidió ir a cambiarse.

Al abrir la puerta, oyó unos extraños gemidos, se acercó al salón y vio a su mujer y a Francisco desnudos, haciendo el amor encima de la alfombra.

Enfurecido, pero en silencio, y mientras su corazón aceleraba su ritmo, Pedro se dirigió a su dormitorio y empuñó su pistola.

Dio una gran patada a la puerta del salón gritando:

—¡Zorra, en mi propia casa!

Justo cuando iba a apretar el gatillo, un infarto le hizo desplomarse muerto sobre el suelo.